

## Sangre de vampiro (Los relatos de Khirlak Grundson 8)

Autor: Sersi

-1-

La lluvia caía insistentemente sobre ellos. Sus ropas estaban mojadas, y el frío le calaba hasta los huesos. Sus botas estaban llenas de barro, un barro viscoso y líquido, fruto de tres días seguidos de diluvio. Estornudó otra vez, tapándose instintivamente con la manga que quedó llena de mocos. Su nariz protestaba ante tanto ajeteo. Un ruido hizo girarse a Kaz hacia un árbol cercano. Era un sapo enorme, hinchado y de un color pardo. Éste lo miró con su cara estúpida y craqueó.

- *¿Qué miras estúpida criatura?*

El sapo hinchó sus mejillas y craqueó de nuevo.

- *¿Te ríes de mí? ¿Te hago gracia?*

La criatura no pareció entenderle, pero se frotó la cabeza con una pata y volvió a craquear.

- *¡Estúpida!* -maldijo el joven mientras arreaba una patada al reptil -.

Éste salió volando unos metros y desapareció entre el follaje.

- *¿Se puede saber que estás haciendo?* -le preguntó el elfo mientras se le acercaba -.

- *Nada.*

- *¿Por qué has hecho esto?*

- *Porque he querido.*

- *El pobre sapo no tiene la culpa de nada, Kaz.*

- *¡Ya lo sé! ¡Déjame en paz!*

- *Tampoco hace falta que te pongas tan irascible.*

- *¡Me pongo como me da la gana!*

Fëanor, viendo el humor de su amigo, se adelantó en la penosa marcha. Él y los dos enanos iban en cabeza, seguidos de Clidfort y Aragorn. Cerraba la comitiva Kaz, que apenas se sostenía en pie. Todos iban cubiertos por pesadas capas y capuchas, intentando sortear sin demasiado éxito los charcos que formaba la lluvia. El elfo, con su aguda vista, abría el camino a sus compañeros, mientras intentaba orientarse por la espesura de ese bosque.

- *¿Qué le pasa a ese crío?* -preguntó hoscamente Gotrek -.

- *Está cansado y de mal humor.*

- *¿Cansado? ¡Pero si apenas llevamos diez días de marcha!*

- *Tú puedes que no, pero todos estamos cansados de esta marchita tierra de Sylvania y de las duras jornadas de viaje.*

- *Unas niñas elfas, eso es lo que sois. Miranos a Khirlak y a mí, tan contentos y alegres.*

- *¿Por qué he de estar contento y alegre?* -preguntó el matador -.

- *Porque cada día que pasa somos más ricos.*

- *¿Por qué?*
- *El vampiro... su sangre... ¿no te acuerdas?*
- *¿Vampiro?* -el enano pareció meditar profundamente durante unos instantes -. *¡A sí! ¡El monstruo tan fuerte al que vamos a matar!*
- *Claro, el que nos hará ricos.*
- *No estoy tan seguro* -Kaz se había adelantado hasta su posición y los miraba con rostro sombrío -.
- *Los umgis nunca estáis seguros de nada* -replicó Gotrek -.
- *¿De verdad creéis que podemos encontrar así por las buenas un vampiro?*
- *No, prefiero encontrarlo por las malas.*
- *Hace diez días que estamos perdidos en este inmenso bosque, dando vueltas sin parar y sin encontrar nada de nada* -dijo dirigiéndose al elfo -. *¿Es que nunca vas a encontrar el camino correcto?*
- *Es muy difícil avanzar con este tiempo* Kaz -dijo pacientemente Fëanor -, *y con el cielo encapotado me es difícil orientarme.*
- *¡Pues hazlo ya! ¡No quiero morir en este asqueroso pantano!*
- *Es lo que intento* -el elfo se dio la vuelta, encarándose con el joven -. *Y tu intenta no estorbarnos.*

Enfadado, el aprendiz de alquimista se volvió para ir al lado de Clidfort, sin dignarse a dirigirle la palabra.

- *¡Un pueblo!*

El grito del matador despertó a todos de su monotonía viajera. Medio corriendo, medio andando, se dirigieron hacia donde señalaba con su rechoncho dedo.

El bosque se acababa, extendiéndose una llanura poblada de matorrales y hierba muerta. En el medio de ésta, se hallaba un pequeño castillo, rodeado por un pueblo desértico.

- *¡Esperad!* -les avisó Aragorn -. *¡No cometamos el mismo error que la última vez! Asegurémonos que no es un pueblo habitado por caníbales.*
- *Lo dudo* -dijo el elfo mientras aguzaba la vista -, *sale humo de las chimeneas y se ven luces en las ventanas.*
- *Incluso así, movámonos con cuidado* -les ordenó Clidfort -. *Recordad que estamos en la tierra maldita de Sylvania.*
- *No tenemos otra elección* -gruñó Kaz -, *estamos vestidos con un montón de harapos sucios y escasean las provisiones.*
- *De acuerdo, pero recordad no iros de la boca.*

Animados ante la oportunidad de sentarse delante un fuego de chimenea después de muchos días a la intemperie, el grupo se encaminó a paso rápido hacia el pueblo de Strankehof.

## 2

- *¡Tengo más sed que un pez fuera del agua! Tabernero, sirvenos un barril entero de cerveza a mi amigo y a mí.*

Los dos enanos iban haciendo cháchara mientras se calentaban al lado de la chimenea de la posada. Ellos eran los únicos que hablaban en voz alta. En cuando el grupo entró en "La posada de Grehenmann", los pocos parroquianos que había dentro callaron de inmediato. Ahora, les miraban suspicazmente mientras cuchicheaban entre ellos. Kaz se quitó las mojadas botas y acercó los entumecidos pies todo lo que pudo al fuego.

- *¿Por qué nos miran así?* -preguntó -.
- *A lo mejor no habían visto nunca un elfo o un enano* -contestó Fëanor -.
- *¿Y a esto le llamas cerveza!?* -bramó Gotrek mientras vaciaba otra jarra -. *¡A mi me parece meado de goblin!*
- *Mejor esto que nada* -comentó su congénere -.

Los dos continuaron bebiendo hasta que unas doce jarras reposaban en la mesa.

- *Mejor beber poco, que no vamos sobrados de dinero.*
- *Tú siempre tan tacaño, Gotrek.*
- *¡No eres tú el que paga, maldito muerto de hambre!*
- *No necesito monedas. ¡Soy un matador!*
- *¡Tu siempre tan estúpido! Los matadores no hacen voto de pobreza, si no, ¿cómo comen?*
- *Pues cazo un jabalí.*
- *¡Si no podías cazar ni a un miserable conejo en las montañas de Brunk Angaz!*
- *¡Bah! No me acordaba.*
- *Encima de tonto, con poca memoria.*
- *Mi memoria ya no es la misma desde que me golpeo ese Troll en la cabeza* -dijo mientras se tocaba la enorme cicatriz de su cráneo -.

Mientras tanto, el cazador de brujas se levantó de su silla y se encaminó hacia unos hombres que lo estaban mirando.

- *¿Qué vas a hacer?* -le preguntó Clidfort -.
- *Me he cansado de escuchar a los enanos, voy a ver si puedo conseguir información* -dijo sin ni siquiera girarse -.

El curtido hombre se acercó a la mesa donde se sentaban los parroquianos. Charlaron durante un rato, y parecía que Aragorn les estaba amenazando. Al fin, volvió con ellos.

- *¿Qué les has preguntado?* -le inquirió Fëanor -.
- *En que pueblo estamos y quien vive en el castillo.*
- *¿Y bien?*
- *Strakenhof y Rudolpf Von Carstein.*
- *¿Von Carstein ?* - Kaz, que parecía distante, abrió los ojos de golpe al oír este nombre -.
- *Veo que te suena el maldito nombre de los Von Carstein.*
- *¿Me estás diciendo que en ese castillo vive un pariente de los infames Vlad y Manfred Von Carstein?*
- *Si es así, nuestra búsqueda ha terminado.*

Mientras tanto, los hombres con quien había hablado Aragorn se levantaron dedicándoles muy

malas miradas.

- *No me gustan las intenciones de esos tipos* -comentó Clidfort -.
- *¿Qué les has dicho?* -preguntó Kaz al cazador de brujas -.

Este se quitó del cuello un símbolo personal de la Inquisición.

- *Solo les he enseñado esto.*
- *Pues creo que no les ha gustado mucho.*
- *Lo importante es que hemos encontrado a un nosferatu.*
- *Eh, forastero.*

Aragorn se giró cuando alguien le puso la mano sobre el hombro. Eran algunos de los tipos con quien había hablado antes y unos matones de muy mala pinta.

- *¿Qué queréis?*
- *Aquí no recibimos bien a los forasteros como tú* -dijo el que le estaba cogiendo por el hombro, un hombretón con una barriga como un barril -.
- *Y a mí no me gustan los gordos borrachos como tú.*
- *¿Qué has dicho?*
- *Lo que has oído.*
- *No nos gusta que hagáis preguntas sobre el castillo y nuestro señor* -dijo el que parecía más viejo -.
- *Mirad esto* -dijo mientras sostenía a la vista de todos el símbolo de la Inquisición -. *Esto me da derecho a preguntar lo que me de en gana, y si alguien no quiere colaborar estoy licenciado para enviarlo a la hoguera. ¿Entendido?*
- *No me gustas* -gruñó el hombretón mientras le estrujaba con fuerza el hombro-.
- *A mí tampoco.*
- *¡Eh, vosotros!* -era Khirlak el que los interrumpía -. *Si queréis organizar una pelea empezad ya, pero no le deis tanto a la lengua.*
- *Tú calla, tapón.*
- *Aquel que me insulta y no es mi amigo... ¡¡solo puede morir!!* -gritó mientras se abalanzaba sobre él -.

### 3

Aunque el hombre lo doblaba en tamaño el matador lo agarró por la chaqueta, y con fuerza bruta, lo bajó hasta su altura donde le propinó un tremendo puñetazo. Otro hombre cogió una silla y la partió encima la cabeza del enano. Este pareció no inmutarse y se giró enfurecido hacia su atacante, que empezó a temblar de miedo.

Mientras tanto, Gotrek, Aragorn y Clidfort iban repartiendo golpes a diestro y siniestro. Fëanor intentaba poner orden sin demasiado éxito y Kaz permanecía sentado, bebiendo vino tranquilamente.

Un matón se acercó a Clidfort y lo golpeó con una porra. Este soltó un quejido de dolor y se alejó vigilando su contrincante.

- *¿Así que juegas duro, eh?* -dijo sonriendo mientras se sacaba un puño de hierro del bolsillo.

El hombre intentó golpearlo de nuevo, pero el bribón se apartó ágilmente. Aprovechando su posición, le dio un puñetazo con la mano armada. Con un terrible crujido, la mandíbula de su contrincante se rompió en dos. Este cayó al suelo aullando de dolor.

Otro lugareño se abalanzó sobre Aragorn, que lo cogió por la cintura y con la propia inercia, lo lanzó volando por los aires. El hombre cayó sobre la mesa de los compañeros, barriendo todas las bebidas allí puestas. Todas menos la de Kaz, que levantó la copa de vino justo a tiempo.

Fëanor se puso entre otro parroquiano y Gotrek, intentando calmarlos. Los dos lo apartaron violentamente y pelearon con uñas y dientes entre ellos. Finalmente, Gotrek se hizo con la victoria después de romper el brazo a su contrincante.

El hombre que había caído sobre la mesa hizo ademán de levantarse dolorosamente, pero Kaz estrelló una jarra contra su cabeza, cosa que lo incapacitó definitivamente.

En poco menos de tres minutos, todos los matones yacían en el suelo -y la mesa-, vencidos.

- *¡Nada mejor que un poco de ejercicio después de beber cerveza!* - dijo alegremente el matador -.
- *¡Salgan de aquí inmediatamente!* -era el posadero, que los estaba encañonando con un arcabuz -.
- *Tranquilo amigo, no le vamos a hacer daño, solo nos hemos defendido* -intentó calmarle Clidfort -.
- *¡Salgan de aquí! ¡No quiero problemas con las autoridades!*
- *Hagámosle caso, ya hemos armado demasiado escándalo* -recomendó el elfo -.

De mala gana, todos cogieron sus cosas y se dirigieron a la calle. Allí no solo les esperaba la noche. Una multitud de guardias les aguardaban enarbolando pesadas alabardas y espadas.

- *¡Qué acogedora la gente de este pueblo!* -bramó Gotrek -.
- *Dejad las armas en el suelo y no opongáis resistencia* -ordenó uno de los hombres -.

Todos desenfundaron sus armas, prestos para el combate. Los guardias hicieron lo mismo.

- *¡Extranjeros! ¡Extranjeros!* -gritó uno mientras soplab a un pequeño cuerno.
- *¿Qué delito hemos cometido?* -preguntó Kaz -.
- *Han provocado el desorden y agredido a ciudadanos.*
- *¡Ellos nos pidieron a gritos que les aplastásemos el cerebro en cuando me insultaron!*
- dijo el matador malhumorado -.
- *Quedan todos detenidos en nombre de Rudolpf Von Carstein y las fuerzas vivas de Strankehof* -.
- *¡Y un pimiento!*
- *Tranquilo, por desorden y agresión solo nos caerán un par de semanas* -comentó con tono

sarcástico Clidfort -.

- *Veo que tienes experiencia con la prisión* -dijo Aragorn sonriendo -.

En ese momento se oyeron gritos lejanos, y aparecieron luces de antorchas unas calles más abajo.

- *Lo tenemos crudo* -musitó Kaz entre dientes -.

- *Tenemos que hacer algo* -le respondió el bribón -.

- *Yo les entretendré.*

- *¡No!*

Pero ya era demasiado tarde, Kaz salió corriendo mientras iba insultando a los guardias. Dos de ellos salieron en pos de él, pero los demás continuaron frente al grupo. Por el otro lado de la calle aparecieron aún más guardias, llevando en lo alto antorchas y arcos.

- *Por Randal que lo tenemos muy crudo* -se lamentó Clidfort -.

El joven aprendiz continuó corriendo, soltando improperios a sus perseguidores. Dobló una calle y continuó avanzando por un sucio callejón. Apenas había luz en éste, por lo que no veía a más de dos zancadas. Giró de nuevo para tomar otra calle, y al cabo de poco lo volvió a repetir. Muy pronto se encontraba perdido entre estrechas calles y viejas casas. Aún le perseguían, podía oír los pasos de los guardias detrás suyo. De repente tropezó con algo que le hizo caer al suelo. Estaba rodeado de basura y ratas; había tropezado con un palo podrido. Cuando se iba a levantar, oyó que sus perseguidores se acercaban. Para su alivio pasaron de largo. Parecieron no verle, cubierto de inmundicias como estaba. Se levantó lentamente, procurando no hacer ruido.

- *¡Perfecto!* -musitó quedamente-. *¡Ahora huelo peor que el matador!*.

Sus caras ropas de seda estaban embadurnadas de diversas asquerosidades. Vio que los guardias se habían parado a escasos metros de él para beber de unas petacas, al parecer, para olvidar el frío.

Se giró para irse en la otra dirección, pero pensó qué haría. Dejarlo todo, seguramente. Dejar de correr aventuras y asentar la cabeza de una vez. Estaba cansado de caminar y luchar. Las últimas semanas habían sido las más penosas de su vida. Aunque en Altdorf no le esperaba una vida acomodada, podría intentar iniciar de nuevo el negocio de su padre. Sí, era lo mejor que podía hacer. Él no hacía nada con esa pandilla. No era un luchador o un tirador como ellos, él era solo un académico que apenas sabía usar la espada.

Pero cuando empezaba a irse, una parte de su mente que apenas conocía habló: ¿Y los otros? Puede que volver a Altdorf fuese lo mejor para él, pero no para los demás. No sabía como se encontraban ahora, pero seguro que no demasiado bien. Además, Fëanor era su amigo, y tenía que intentar ayudarlo como mínimo. Clidfort también le caía bien, aunque ni el cazador de brujas ni los enanos le agradaban. ¿Pero que podía hacer por ellos? Mientras miraba a los guardias que continuaban bebiendo, se le ocurrió una idea.

Con el bastón de madera bien asido entre sus manos, se acercó sigilosamente hacía los distraídos hombres. Parecía que habían olvidado la búsqueda y se contentaban con irse pasando la petaca. ¡Menudos guardias!. Lo que iba a hacer era una estupidez, lo sabía, pero lo haría igualmente. ¡Qué

estúpido se había vuelto desde que conocía a aquellos indeseables!

Se colocó justamente detrás de uno de los hombres y levantó el bastón de forma teatral, descargándolo con toda su fuerza en medio del cráneo del guardia. Éste se desplomó pesadamente en el suelo mientras le chorreaba por la boca el alcohol que acababa de beber. El otro se giró con rapidez e intentó desenfundar su espada, pero Kaz le golpeó en el cuello. El guardia se agarró la parte herida, cayendo de rodillas al suelo mientras gemía. Kaz lo continuó golpeando indiscriminadamente hasta que el hombre paró de moverse.

El joven dejó caer el bastón en el suelo. ¡Los había ganado él solo! ¡Y ni tan solo lo habían herido ni habían echo ruido! La satisfacción inicial de la victoria se convirtió en una euforia exultante. Él podía matar a sus rivales como los enanos o Fëanor. No era ningún enclenque como afirmaba Gotrek. Al cabo de un rato, la nube de la autocomplacencia pasó. Se quitó sus ropas con pena, y se puso el uniforme del guardia. Éste era un vestido negro con larga capa y capucha. En el pecho y la capa había bordado en rojo una copa rebosante. Kaz esperaba pasar desapercibido con esas vestiduras. Además, con el frío que hacía no parecería extraño que se cubriese con la capucha.

Hecho a andar por los callejones mientras se tapaba con la capa. Al cabo de un rato oyó varios pasos cerca suyo. Se escondió en una esquina y aguardó. Por la calle pasaron muchos guardias - treinta-y-dos contó -, que llevaban presos a sus compañeros. Éstos iban encadenados y les habían despojado de sus pertenencias. Mientras pasaban, Gotrek pareció verle. El enano lo miró, pero no dijo nada. Kaz creyó que lo había reconocido, pero no estaba seguro. Una vez hubieron pasado, meditó acerca de su situación.

El caso es que lo tenían crudo. Había oído que la justicia en Sylvania era muy estricta, como en Arabia, aunque más brutal todavía. Seguramente serían ejecutados o encerrados el reto de sus vidas. ¿Pero qué podía hacer él? No podía ganar a treinta hombres armados. Mientras el grupo se perdía en la oscuridad, tomó una decisión. Con pasos rápidos pero silenciosos, se acercó a los guardias que iban últimos. Una vez a su lado y sin que se dieran cuenta, avanzó como uno más del grupo. Esperaba que no lo reconociesen.

Había decidido seguirles para saber hacia donde se dirigían. Una vez allí intentaría hacer todo lo posible (dentro de sus propias capacidades) para liberarles. Si no podía ayudarles, volvería él solo a Altdorf. Además, la parte más egoísta de su mente le decía que no era seguro viajar solo por Sylvania.

Continuó avanzando con el grupo unos minutos. Al cabo de un rato pararon. Delante suyo tenían un pequeño castillo. Esperó tenso el curso de los acontecimientos. Una puerta de hierro se abrió y unos guardias les hicieron entrar. Kaz se arrebujó todo lo que pudo dentro de la capa. Todo el grupo permanecía silencioso, no habían bromas ni comentarios, lo que le pareció raro.

Entraron en un pequeño patio de armas donde yacían ahorcadas tres personas. En un rincón se podían ver unos sacos de los que sobresalían cabezas y miembros amputados. En otro lado, un perro de aspecto famélico mordisqueaba lo que parecía una oreja humana.

Puede que no hubiera sido buena idea entrar allí.